

EL GÉNERO DE HOY YA NO ES COMO ANTES

Silvia Susana Jácome G.

Cuando yo era adolescente nació mi prima Norma. En ese tiempo no había ultrasonidos ni otros procedimientos que permitieran saber si la criatura que venía en camino sería niña o niño. Recuerdo que mi tío Chucho le habló por teléfono a mi padre para ponerlo al tanto del nacimiento del bebé. Entusiasmado, mi padre le preguntó: –¿Qué es, centro delantero? –No, compadre –respondió mi tío con resignación– es niña.

Han pasado muchos años desde aquellos acontecimientos –hoy mi prima rebasa los 50 años de edad– y una conversación semejante no tendría el mismo sentido. Hoy, hablar de hombres y de mujeres no es tan simple como era antes. Basten unos cuantos ejemplos.

Donatella no siempre fue Donatella. A los cuatro años de edad vivía como niño, tenía nombre de niño y si le preguntaban a mamá y papá por la criatura respondían, sin titubear, que era un niño. Sin embargo, un día –poco después de cumplir los cuatro años– Donatella, en ese entonces conocida como Diego, visitó a los vecinos del condominio horizontal donde vivía para decir-

les, muy seria, que no era un niño, sino una niña; que no se llamaba Diego, sino Donatella, y quería que todo el mundo la tratara como tal. Me imagino que las y los vecinos habrían soltado una risa discreta y quizá alguien le habría dicho que por supuesto así lo harían.

Al final, Donatella le dijo lo mismo a su madre y agregó que ya no quería que le pusieran pantalones, sino vestido; que ya no quería cochecitos, sino muñecas; y que, por favor, le dejara crecer el cabello para poder ponerse moños de colores. La mamá pensó que era un juego o una ocurrencia y le dijo que no podía ser, que él era un niño y que no era cosa de andarse poniendo vestidos y salir así a la calle. –¿Te imaginas lo que van a decir los vecinos? –remató para disuadirla de semejante locura. –No van a decir nada porque ya saben que soy una niña –respondió ella, triunfante.

Otro caso es el de Sebastián, a quien se le asignó el género femenino al nacer. En realidad, desde algunas semanas antes de nacer, pues el ultrasonido permitió saber que nacería con una vulva. En consecuencia, le pusieron un nombre de niña, lo rodearon de muñecas y le ponían vestidos

y moños en el cabello. A los seis años Sebastián se rebeló y habló claro con su mamá: –Mamá, ya no quiero que me digas Laura; no soy niña, soy niño, y me quiero llamar Sebastián. Si no me dices Sebastián no te voy a hacer caso. Su madre pensó que era un juego y que se le pasaría. Horas más tarde, mientras Sebastián jugaba en su cuarto lo llamó para que bajara a comer: –¡Laura! (silencio absoluto). Su madre gritó más fuerte: –¡Laura! –Nada. Subió las escaleras para asegurarse que escuchaba: –Laura, ya vente a comer. –Nada. Probó entonces lo que el pequeño le había pedido: –¡Sebastián! –De inmediato el niño hizo caso al llamado.

El tercer caso es el de Betty. Poco antes de cumplir los cuatro años su mamá empezó a organizarle una fiesta de cumpleaños; le preguntó si le gustaría que la fiesta fuera de *Dora, la exploradora* o de *Peppa Pig*. –No, mamá –contestó resuelta la niña–, esos personajes no me gustan, quiero que me la hagas de *El Hombre Araña*. No hubo manera de disuadirla y su mamá tuvo que conseguir todo lo que tuviera que ver con este superhéroe y a las y los invitados les pidió que, por favor, no le regalaran muñecas a la pequeña, sino juguetes relacionados con el personaje. El día de la fiesta la abuela llegó con una pijama del Hombre Araña; una de las tías le obsequió un cochecito del personaje y otra, la máscara del superhéroe. La niña estaba feliz poniéndose la máscara y diciendo “soy el Hombre Araña”. Hoy en día, Betty tiene ocho años y es la goleadora de su equipo de fútbol femenino en la escuela.

¿Qué está pasando? ¿Por qué hay niños que no quieren ser niños y niñas que no quieren ser niñas? ¿Por qué hay niñas que no quieren comportarse como se comportaron sus madres en la infancia?

Quienes no ven más allá de los estereotipos están alarmados y piensan que el mundo se ha vuelto un caos. Quienes nos dedicamos al estudio serio de estas cuestiones pensamos que el problema –si es que pudiera llamarse así– es que nuestra sociedad se ha equivocado al asignar los géneros y al imponer una serie de mandatos en función de ello.

Norma nunca fue centro delantero, nunca jugó al fútbol. Como muchas mujeres de su generación, tampoco fue a la universidad; estudió en la escuela de educadoras y trabajó en un jardín de niños hasta que se casó y dejó de laborar para dedicarse a su esposo y a sus dos hijos varones.

Si al nacer Betty alguien le hubiera preguntado: ¿qué fue, centro delantero?, no habría sido descabellado decir que probablemente sí; defensa central, jugador de *rugby* o boxeadora.

El problema, decíamos, no es que las niñas y los niños de hoy no sepan lo que son o lo que quieren, sino que las y los adultos, como sociedad, hemos establecido –o, mejor dicho, establecimos, porque ya estamos rompiendo los paradigmas– una serie de pautas que han de seguir las criaturas en función de los genitales con los que vienen al mundo. Y hemos construido esquemas tan rígidos, que si los genitales son ambiguos o poco definidos –una condición conocida como intersexualidad– se recurre a cirugías para *definir* el sexo de la criatura y, entonces sí, poderle imponer todos los mandatos de género que conocemos.¹ El asunto alcanza tales dimensiones que no hace mucho supe de una familia que tuvo una criatura intersexual. El médico, desde la rigidez de su ignorancia, le dijo a los papás que habría que operar para *definir* el sexo de la criatura y les preguntó qué querían, si niño o niña. Mamá y papá, que ya te-

nían dos hijos varones, no tardaron mucho tiempo en elegir que querían una niña.

A pesar de que la ONU ha establecido recomendaciones para evitar las cirugías a criaturas intersexuales sin su consentimiento –a menos que sean por cuestiones estrictamente funcionales–

El problema, decíamos, no es que las niñas y los niños de hoy no sepan lo que son o lo que quieren, sino que las y los adultos, como sociedad, hemos establecido –o, mejor dicho, establecimos, porque ya estamos rompiendo los paradigmas– una serie de pautas que han de seguir las criaturas en función de los genitales con los que vienen al mundo.

en México se siguen llevando a cabo estos procedimientos, con un enorme malestar para estas personas que, al crecer, se ven impedidas en muchos casos a experimentar orgasmos o a reproducirse, pues no todas las personas intersexuales son infértiles, pero por lo regular las cirugías definitivas terminan provocando esa condición.

¿Y qué pasó con Donatella y Sebastián? ¿Nacieron en un cuer-

po equivocado? No, simplemente evidencian el error de asignar el género en función de los genitales con los que nacemos.

Cierto, en la mayoría de las ocasiones la persona que nace con pene y testículos descubre una identidad de género masculina, es decir, se sabe varón; y en la mayoría de los casos quienes nacen con vulva se saben mujeres, pero no siempre sucede así. En la década de 1980 se estimaba que nacía una mujer transexual por cada 1 800 partos, y que en uno de cada 30 000, un hombre transexual. Conforme han pasado los años la proporción va en aumento, no porque nazcan más personas transexuales, sino porque hay una mayor visibilidad; siempre ha existido el mismo porcentaje, pero hace algunas décadas muchas de las personas transexuales preferían no hacer pública su identidad de género por miedo, vergüenza o simplemente por falta de información; crecían pensando que estaban enfermas (“¿cómo pretendo vivir como mujer si mi cuerpo me dice que soy un hombre?”) y que algún día les llegaría la cura tan anhelada.

Hemos hablado de transexualidad e identidad de género. Hoy en día son conceptos que se manejan con mucha frecuencia en los medios de comunicación, en libros o en películas. Baste recordar *La chica danesa*, cinta estrenada en 2015, que es adaptación de un libro publicado a principios del siglo XXI, inspirado en una historia real. Lili Elbe, una persona que nació con pene y testículos, en su edad adulta no quiso seguir simulando y empezó a vivir como mujer a pesar de estar profundamente enamorada de su esposa.

Transexualidad es, entonces, una condición que viven algunas personas a quienes se les asignó un género a partir de su genitalidad, pero que están convencidas

En la medida en que vayamos siendo menos rígidos en nuestras expectativas, estaremos permitiendo que nuestras hijas e hijos se expresen con mayor libertad, sin importar si sus gustos encajan con lo que hemos creído que corresponde a los niños o a las niñas.

de pertenecer al otro género. En resumidas cuentas, personas que nacen con pene y testículos que se saben mujeres, como Donatella, y personas que nacen con vulva que se saben hombres, como Sebastián. Y no es que *se sientan* mujeres u hombres o quieran serlo; no, es una convicción profunda e indudable que se tiene en los primeros años de vida: hay quienes afirman que desde los dos años la persona ya sabe si es hombre o es mujer, independientemente del cuerpo con el que haya nacido.

Volvamos a Betty, la niña que adora a *El Hombre Araña*. Su mamá me preguntó alguna vez si su hija era un hombre transexual. La respuesta es no. Por una razón muy simple: a diferencia de Donatella o Sebastián, ella no ha querido nombrarse de otra manera y jamás ha dicho ser un niño. A los ocho años ya habría dado alguna señal de querer ser tratada como un niño si de verdad su identidad de género fuera masculina. No es así, simplemente es una niña a la que le gustan los superhéroes y el fútbol, así como hay niños a quienes les gustan las muñecas y el *ballet*.

Y es que, ¿quién dice que a las niñas les tienen que gustar las muñecas y a los niños el fútbol? Es una construcción que, como sociedad, hemos elaborado y enseñado a nuestros pequeños y pequeñas. A veces con costos muy elevados. Hay una película que ahora se exhibe como un musical en los teatros de la Ciudad de México llamada *Billy Elliot*. Billy es un chico de unos 12 años que anhela ser bailarín de

ballet y sufre una serie de burlas y humillaciones por parte, incluso, de su padre, a quien le hubiera gustado que fuera boxeador.

En la medida en que vayamos siendo menos rígidos en nuestras expectativas, estaremos permitiendo que nuestras hijas e hijos se expresen con mayor libertad, sin importar si sus gustos encajan con lo que hemos creído que corresponde a los niños o a las niñas. El ejemplo más absurdo lo constituyen los colores rosa y azul que tradicionalmente se siguen asignando a niñas y niños, respectivamente, pero el ser niña o niño no tiene nada que ver con los colores, así como no tiene nada que ver con los juguetes o con las actividades de uno y otro género.

Afortunadamente, hay sectores de la sociedad –en buena medida impulsados por las ideas feministas del género que rechazan el determinismo biológico– que han entendido que tenemos que cambiar los paradigmas; es decir, lo importante es la realidad, no los esquemas preconcebidos. Y si la realidad me está mostrando que hay niñas que quieren jugar fútbol o *rugby*, o que quieren practicar box, no por eso son menos mujeres que aquellas que bailan *ballet* o juegan a la matatena.

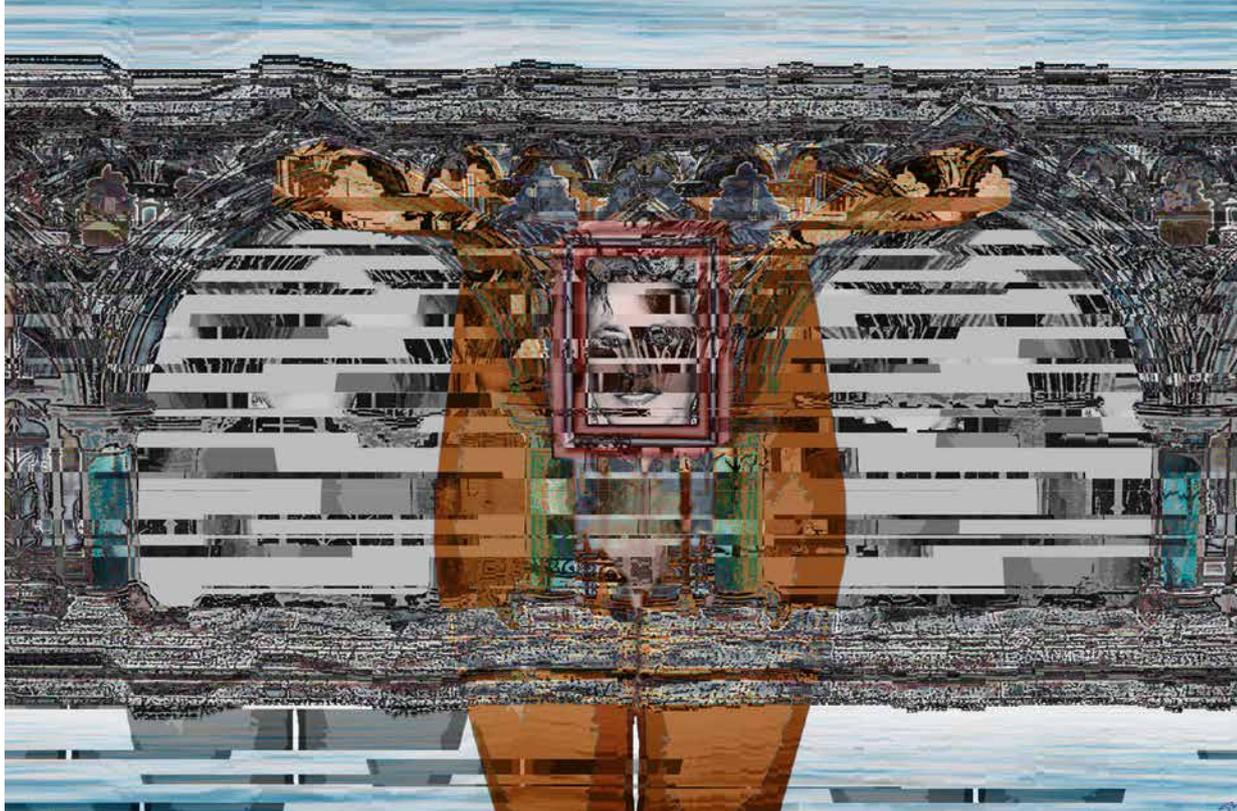
Me gusta poner el siguiente ejemplo: el ornitorrinco es un animal que se reproduce por medio de huevos que pone la hembra –como las aves– y cuyas crías son amamantadas por la madre, como los mamíferos. ¿Dónde ubicar al ornitorrinco? Fue un serio problema

para la ciencia y se dice que en el siglo XIX hubo científicos que decían que el ornitorrinco era una aberración de la naturaleza. El problema, desde luego, no era del animal, sino de los esquemas tan limitados que no permitían representar la realidad tal cual. Es lo mismo que está ocurriendo con el género. El problema no son los individuos que no quieren sujetarse a reglas estrictas, sino las reglas que no necesariamente reflejan la realidad.

Y si hasta este momento el lector o lectora está pensando en lo complicado que es entender las cuestiones del género, déjeme hablarle de otro tema: de las personas que no se identifican con ninguno, que no encajan en la categoría de hombre ni en la categoría de mujer y que se identifican simplemente como seres humanos. O aquellas otras personas que se identifican con ambos, con lo femenino y con lo masculino, ya sea de manera alternada, es decir, que un día se expresen como lo que tradicionalmente entendemos como hombres y al día siguiente como mujeres, o bien, que hagan una mezcla de géneros, es decir, que se maquillen el rostro y se pongan un vestido al tiempo que portan una barba de vikingo y una cabeza totalmente a rape.

Y esto es apenas el principio. Hay quienes dicen que el género, tal y como lo conocemos, está en vías de extinción. No lo sé. Lo que sí me queda claro es que habría que empezar a dejar de colocar a los seres humanos en categorías –hombre y mujer–; quizá habría que eliminar el concepto de género en los documentos oficiales, comenzando por el acta de nacimiento. ¿De qué me sirve que ésta me identifique como hombre o mujer? Si aspiramos a vivir en una sociedad igualitaria en derechos, no tiene sentido encajonarnos en una de las dos categorías.

Mi abuela me contaba que a principios del siglo XX en los



De la serie *Territorio íntimo*

documentos de identidad solía aparecer la categoría de raza. La persona era ubicada como criolla, mestiza, indígena, negra, mulata o cualesquiera otras combinaciones posibles. ¿Cuál era la finalidad? Tener como mestiza más derechos que como indígena o mulata, pero menos que como criolla, por ejemplo. Si como hombre o mujer se tienen los mismos derechos, ¿qué sentido tiene, entonces, que aparezca esa clasificación en el acta de nacimiento?

La propuesta es, entonces, entender eso que llamamos género como un amplísimo continuo en donde pueda moverme con plena libertad, sin que se me haga creer que estoy mal si me alejo o me acerco a los extremos; género fluido, género libre o, simplemente, sin género; siendo parte, únicamente, del género humano.

Desde esa perspectiva, todas y todos ganamos; por ejemplo, aquellas publicaciones cuyos títulos aluden a un solo género como si fuera

La propuesta es, entonces, entender eso que llamamos género como un amplísimo continuo en donde pueda moverme con plena libertad, sin que se me haga creer que estoy mal si me alejo o me acerco a los extremos.

la totalidad. Y entonces ya no tendríamos que hablar de *La Palabra* y *el Hombre* sino, simplemente, de La Palabra Humana. **LPyH**

NOTA

¹ En cuanto al uso de la palabra *transexual* o *transgénero* hay un debate actualmente. Hace algunos años –y todavía hay quienes piensan así– se pensaba que la transexualidad implicaba la cirugía de genitales para “cambiar de sexo” y que el transgénero únicamente contemplaba el cambio de género. Ahora hay quienes consideramos que no tiene sentido hablar de cirugías para definir la identidad de género, toda vez que los genitales corresponden al sexo y no al género, por lo que transexualidad y transgénero terminan siendo sinónimos. Dicho de otra manera, transexualidad y transgénero aluden a identidades de género, no a condiciones sexo-biológicas.

• **Silvia Susana Jácome G.** es licenciada en Comunicación por la Universidad Iberoamericana y maestra en Educación Sexual. Autora de la novela *Piel que no miente*; *Mayela, una mujer transexual*, del cortometraje *Adiós, hombre, adiós* y del libro infantil *Citlalli tiene tres abuelas*, editado por Conapred.